

Veinte años después, los vecinos de Palomares son conscientes de que han sido engañados

EFE, Palomares

La población almeriense de Palomares entró en la historia nuclear del mundo a las 10 horas y 22 minutos del día 17 de enero de 1966, hoy hace veinte años.

A esa hora un bombardero B-52 de los Estados Unidos, que procedía de la frontera turco-soviética, y un avión cisterna de la base de Morón (Sevilla) chocaron cuando volaban sobre Palomares a una altura de 9.300 metros y a una velocidad de 966 kilómetros por hora.

El choque arrojó sobre Palomares una nube anaranjada de 114.000 litros de queroseno en llamas, siete cuerpos carbonizados, tres paracaidistas heridos graves... y cuatro bombas de hidrógeno de 1,5 megatonnes, cada una de ellas cincuenta veces más potentes que la bomba que destruyó Hiroshima. Pero eso no lo sabrían los asustados vecinos hasta seis semanas más tarde.

Antonia Flores, hoy alcaldesa de Palomares, tenía entonces seis años. «Yo no escuché la explosión, sino que vi una gran nube de fuego que caía sobre nuestras cabezas. Me escondí en casa, como todos los demás. Después, ya más calmada, salí a la calle y me acerqué hasta un cilindro resplandeciente que había caído a pocos metros de mi casa, en medio del pueblo».

La bomba, continúa Antonia, «media unos dos metros de largo, quedó incrustada en el suelo y estaba resquebrajada. Por las grietas podía verse una cosa gris-negruzca. Luego nos dijeron que eso era el plutonio. Estuvimos tocándola algunos niños porque fuimos los primeros en encontrarla. Luego, cuando llegó la Guardia Civil, nos prohibió estar allí».

A los del pueblo no les gusta hablar de las bombas

A los habitantes del pueblo no les gusta hablar de las bombas. Ni siquiera hay rúnicos que las recuerden, ni bares con nombres alusivos. Ellos creen que salvaron la vida de milagro y que luego fueron estafados y engañados.

Tres bombas cayeron en el pueblo y la cuarta, la más famosa, en el mar, de donde fue rescatada ochenta días más tarde tras arduos esfuerzos y con la ayuda de las más sofisticadas técnicas de entonces, entre ellas dos submarinos de bolsillo.

La operación búsqueda tenía la más alta prioridad del Pentágono y los americanos dispusieron permanentemente frente a Palomares de quince navíos de guerra (más el «inevitable» pesquero ruso), 130 hombres rana, 2.200 marineros y casi 2.000 hombres en las playas.

En Madrid, el humorista Antonio Mingote resumía la situación en un chiste en el que se veía a una viejecita rezando a Dios «para que yo encuentre mi lapicero, que Rosita encuentre novio y que los americanos encuentren su bomba».

Distinta experiencia, no de juego, tuvo Antonio Sabote, de 36 años entonces y hoy entrado en canas, cuando vio cómo se estrechaba a veinte metros de su casa, después de pasar por encima de su cabeza y la de su mujer. María Flores, un ala entera de un avión con dos motores ardiendo. «Todo mi huerto se incendió y la casa sufrió desperfectos. Desde entonces lo tomates no crecen como es debido».

Esé día llovió fuego y metralla

Sobre Palomares ese día llovió fuego y metralla. «Hoy Dios ha ve-

ludo por el pueblo», dijo el párroco Francisco Navarrete durante los funerales por los aviadores muertos. El sacerdote sólo se refería a los restos de los aviones, pero los que conocían el secreto sabían que Dios se había acordado también de Almería, Sevilla, Valencia, el norte de África y Madrid, a donde también hubieran llegado los efectos de haber explotado las bombas.

«La caída de las bombas hizo mucho daño al pueblo», afirma la alcaldesa con convicción. «Hace veinte años Palomares tenía 1.200 habitantes y hoy tan sólo ochocientos. Los otros han emigrado a Barcelona. Seguimos cultivando el tomate y hasta el año pasado no tuvimos agua corriente en las casas».

También se quejan los demás vecinos. Uno de ellos, Antonio Sabote, que vio pasar por encima de su cabeza un ala entera del B-52, dice que nunca ha llegado a recuperar el valor real de lo perdido.

«Yo sólo reclamé mis cosechas quemadas, pero no otros destrozos, porque entonces nos devían las autoridades y el gobernador que queríamos abusar de los pobres americanos, que habían perdido a sus hombres... que si queríamos quedarnos con sus barcos».

Para ello, para que no prescriba el derecho legal a reclamar, los vecinos de Palomares han firmado un escrito que presentaron ayer ante las autoridades de los Ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores.

«Somos conscientes —dice Antonia Flores— de que hemos sido engañados. Incluso la Junta de Energía Nuclear nos ha tratado insuficientemente, inadecuadamente e irresponsablemente durante estos veinte años».

Sin embargo, la alcaldesa, socialista, reconoce que éste no es el momento más oportuno para remover nada que huela a nuclear... por aquello de la OTAN.

El meyba de Fraga

Pero lo que más recuerdan, sin duda, los españoles de Palomares fue el famoso baño del entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, y del embajador de los Estados Unidos, Duke, el 8 de marzo, para demostrar que las aguas no estaban contaminadas. La foto en meyba de los bañistas dio la vuelta al mundo.

El periódico londinense «The Times» escribió: «Ahora los dos esforzados bañistas tendrán que mantenerse en forma y con aspecto exuberante en las próximas semanas. Si desean estornudar, tienen que evitarlo. Si se sienten desentendados, tienen que ocultarlo. Pasaron por la ordalía del agua y tiene que transcurrir algún tiempo antes de que la inocencia sea concluyente».

De las reclamaciones presentadas —dice un informe de Green Peace— sólo se aceptaron 536 y de los siete millones de dólares pedidos se entregaron sólo 700.000, que representa algo así como el 0,1% del coste de la operación de rescate. «Menos que una propina».

Pero lo más triste de todo, manifestó Jordi Bigas, de Green Peace, es que no existen estudios de seguimiento pese al medio millón de dólares de presupuesto anual que la Junta de Energía Nuclear tiene destinado para Palomares.



La alcaldesa de Palomares y el presidente español de Greenpeace, dirigiéndose a la Embajada norteamericana en Madrid.

La alcaldesa solicita que prosiga la ayuda de EEUU para investigar

EFE, Madrid

La alcaldesa de Palomares, Antonia Flores, entregó ayer un recurso en la embajada de EEUU en Madrid para que no se extinga el plazo, que finaliza hoy, de la ayuda norteamericana al Estado español por el accidente de Palomares.

Antonia Flores, de 26 años, afirmó que con el recurso se pretende conseguir que la Administración española reconozca «la posibilidad de que resultemos afectados por la contaminación radiactiva, al estar sometidos al riesgo de daños nucleares».

El 17 de enero de 1966, cuatro bombas de hidrógeno, de 1,5 megatonnes, cada una de ellas cincuenta veces más potentes que la bomba que destruyó Hiroshima, cayeron sobre el pueblo almeriense de Palomares, sin hacer explosión, tras el choque entre un bombardero B-52 de Estados Unidos y un avión cisterna de la base de Morón (Sevilla).

Como consecuencia del accidente, la Administración norteamericana se comprometió a entregar a la española medio millón de dólares al año para la práctica de investigaciones.

La organización ecologista «Greenpeace» en el Estado denunció ayer en conferencia de prensa a la Junta de Energía Nuclear, «que durante estos veinte años ha politizado el tema y lo ha convertido en un asunto lleno de interrogantes».

Jordi Ribas, miembro de la Junta Directiva de «Greenpeace», manifestó que si el recurso, que el miércoles fue entregado por la alcaldesa de Palomares en los Ministerios de Asuntos Exteriores y Defensa, no prospera «allegaremos a la conclusión de que la Administración española está supeditada a los intereses de potencias internacionales».

Tras afirmar que la Administración «ha pretendido engañarnos du-

rante estos años», Ribas señaló que los informes realizados por la Junta de Energía Nuclear sobre los habitantes de Palomares y terrenos circundantes al pueblo son «incompletos y llenos de errores».

En el recurso se solicita que la Administración española reconozca el derecho a presentar reclamaciones «mientras continuemos sometidos al riesgo ambiental y mientras la contaminación interna, acumulada en el organismo humano, pueda provocar daños nucleares diferidos».

Antonia Flores, que tenía seis años cuando cayeron las bombas, afirmó que la asamblea de Palomares, compuesta por ochocientos vecinos mayores de edad, decidió unánimemente que el plazo de la ayuda norteamericana quede en suspenso «sine die» mientras no se decida sobre el recurso.

El pueblo de Palomares y la organización «Greenpeace» han solicitado, asimismo, la creación de una comisión de investigación, compuesta por científicos, para que lleven a cabo las oportunas investigaciones sobre el terreno.

Piden garantías de que ningún avión sobrevuele territorio español con armas nucleares porque, dijo Jordi Ribas, «mientras haya armas nucleares existe el peligro de que se produzcan más Palomares».

Un informe elaborado por «Greenpeace» señala que con motivo del accidente nuclear los vecinos de Palomares solicitaron una indemnización al Gobierno de los Estados Unidos de siete millones de dólares «de los cuales sólo se recibieron 700.000», afirmó Ribas.

Añadió que lo más triste es que no existen estudios de seguimiento y que «lo único que se ha hecho es realizar análisis de sangre y orina voluntarios con una media de tres reconocimientos por persona en los veinte años transcurridos».